

plato de comida que viene a animar el flaco menú de la mesa campesina, sin contar con que se puede venderlos o cambiarlos por algo.

Al día siguiente Benito escrutó el cielo y el paisaje con más asiduidad que de costumbre. El choroy, que durante el verano vive en la cordillera, hartándose de semillas y bayas que puede hallar hasta los dos milímetros de altura, límite a que llega, emigra hacia el oeste en otoño, alcanzando a veces hasta la orilla del mar y llegando, en ocasiones, hasta las islas oceánicas chilenas, como las de Santa María y La Mocha. Benito no perdió su tiempo: grandes bandadas seguían pasando. A veces se detenían en los coihues y ~~mmmm~~ ulmos cercanos, y otras, se abatían sobre el suelo en busca de alimento, semillas, tubérculos, hasta raíces. Pero, ya estuviesen entre los árboles, donde era casi imposible verlos, ya en el suelo, en donde eran más visibles, o ya en vuelo, su griterío era constante.

--Siempre tan platicadores --pensó Benito, que era de natural silencioso --. Y deben venir gorditos...

En la noche preparó su arma: una vieja escopeta que debía cargar por la boca, echando primero la pólvora y en seguida las municiones, tapando y asegurando todo con la bazueta. En fulminante haría lo demás. El tiro era espantoso y Benito sentía retemblar su cuerpo y dolerle el hombro.

Al día siguiente, luego de cumplir con sus trabajos de la hacienda, y con aire de estratega, recorrió el terreno. El choroy, desconfiado como buen loro, no deja acercarse a nadie a menos de una cuadra: los vigilantes de la bandada, siempre al acecho, dan la señal de peligro y el grupo desaparece en un solo vuelo ~~mmmm~~ color verde. Cuando vuela sobre lugares poblados vuela siempre a una altura que pueda preservarles del tiroteo. Era necesario preparar una trampa, un escondrijo. Cortó unas ramas con bastantes hojas, acarreo unos rastrojos y con todo y con la maña y arte que pudo fabricó un cobertizo de no más de un medio metro de altura, suficiente para poder tenderse debajo, escopeta en mano, mirando hacia el coihue grande.

Al otro día, día de descanso, y a media mañana, amarró los perros y advirtió a su mujer y a sus hijos de lo que se proponía: nadie debería ir hacia el sitio y... callado el loro, no gritar, hablar apenas y en voz baja.

Le echó una última mirada a su arma, se metió bajo el cobertizo, levantó el gatillo, puso el fulminante y allí quedó en espera. Todo dependía ahora de que el jefe de la bandada, de una bandada cualquiera, eligiese aquel lugar y aquel coihue para detenerse a descansar y ~~conversar~~ <sup>conversar</sup> un poco más. Tenía confianza: en años anteriores había hecho lo mismo y no había salido defraudado: tendría sus cazuelitas.

Esperó largo rato. Pasó una bandada, pero lejos: se ~~oía~~ oía el rumor de su algarabía. Por fin, y cuando ya comenzaba a sentir que el cuerpo se le acalambraba, vio que una bandada que pasó por detrás del coihue, a cierta distancia, viraba bruscamente, dirigiéndose hacia el árbol. El viraje fue repentino, tanto, que pareció dividirse: los que volaban del lado opuesto a la dirección del viraje quedaron un momento como sin dirección; pero reaccionaron en seguida, uniéndose por detrás al grupo. Benito Contreras se encogió, afirmó los codos en el suelo y encañonó el coihue.

El averío llegó rumoroso y se abatió sobre la falsa haya, cuya parte superior se llenó de pesueños movimientos. Serían unas cien aves. Benito supo que sería ~~inútil~~ inútil apuntar a un pájaro dado. Debía disparar, además, inmediatamente, antes de que se asustaran por la presencia del cobertizo o por cualquiera otra cosa, ya que un loro se asusta de todo. Apuntó al centro y arriba y apretó el gatillo.

Benito

Salió una inmensa cantidad de humo. A través de la humareda ~~Benito~~ vio que varios bultos se deslizaban por el aire hacia tierra. Soltó el arma, se irguió y corrió, en tanto los perros rompían a ladrar, y la bandada, más conversadora que nunca, emprendía la fuga.

--¡Amelia, ven a ayudarme! --gritó--. ¡Chiquillos, vengan!

La mujer y los tres hijos salieron disparados, mientras los perros, ama-

rrados aún, ladraban como locos.

En el suelo yacían cinco o seis choroyes, inmóviles algunos, moviéndose otros, todos llenos de sangre: rojo sobre verde, casi más rojos que verdes si se agrega el rojo natural de algunas partes de su cuerpo.

--¡Cuidado con los vivos! --advirtió Benito--. ¡Pican refuerte!

Remató a los que aún se movían y revisó con los niños y la mujer los matojos de los alrededores en busca de algún posible choroy herido y escondido. Parecía no haber más; pero uno de los niños, Benito, el segundo, de unos doce años, gritó de pronto:

--¡Papá, aquí hay uno vivo!

Medio oculto entre un arbusto, confundido casi con él, un choroy, caída una ala manchada de sangre, pero de pie todavía, miraba y callaba. El niño se inclinó para tomarlo.

--¡Cuidado, Benito! --gritó el padre.

El grito del padre y el del niño se oyeron al mismo tiempo: de advertencia el primero, de dolor el segundo: el choroy, silencioso ahora, había cogido con su corvo pico el dedo del niño, apretádoselo como con un alicate; el dedo chorreaba sangre.

--¡Loro de porquería! --gritó el padre, furioso, lanzándole un puntapié.

Pero no le acertó y Juan, el mayor, se interpuso entonces:

--No, papá --rogó--, no lo mates; yo lo voy a agarrar, yo sé agarrarlo, yo, yo.

Se sacó la delgada chausquilla y acercándose al ave la cubrió con ella; luego, con precaución, la tomó. El ave ~~hizo~~ lanzó dos o tres gritos, forcejeó un poco y en seguida, vista la inutilidad de sus esfuerzos, quedó inmóvil.

--Matémolo mejor --sugirió Benito, luego de mirar el dedo del niño y estirando el brazo hacia el bulto.

--¡No, papá! ¡No lo matemos! --volvió a rogar Juan--. Quiero que sea para mí.

--¿Para qué quieres un choroy? --interrogó desabridamente la madre--. Es un pájaro bruto. No aprenden nunca a hablar.

--No importa, mamita --suplicó de nuevo el niño--. Déjemelo.

Fui inútil discuriñ, y Juan, apretando el bulto contra su pecho, se dirigió al rancho; lo siguió Benito, el hermano herido, apretándose el dedo y echando maldiciones contra el loro. Los demás continuaron registrando la maleza.

Muchas cazuelas de choroy se comió ese año, como en años anteriores, en el rancho de Benito Contreras. Engordaron todos, pues hubo días en que les tocó un choroy por cabeza --había que comerse hoy lo que se cazaba hoy; de otro modo la carne se descomponía -- y hasta los perros engordaron. Pero vino la lluvia, una lluvia que duraría seis meses, y los choroyes parecieron desaparecer. Junto con los choroyes desapareció la poca gordura adquirida y cuando el invierno se hizo presente tuvieron que volver a la harina y a las papas, en una región en donde lo que hay, fuera de agua y bosques, son animales, rebaños de reses cuya carne está destinada a bocas privilegiadas, no a las de los trabajadores de las haciendas ganaderas.

El choroy, bautizado con el nombre de Juan Chico --apelativo que escogió su propietario--, curó de su herida: un perdigón le había atravesado un ala. También curó de su herida el niño picoteado por el loro, y curó después de sufrir horrores, ya que la herida, peor atendida que la del ave, se infectó: el dedo se hinchó monstruosamente, vino la fiebre y hubo que llevarlo a las casas del fundo para que lo sajaran; el resultado fue un odio casibhomicida contra el choroy, odio que sólo podía manifestarse por tal o cual puntapié proporcionado por Benito al loro cada vez que podía, y no siempre podía, pues Juan vigilaba; los puntapiés, por lo demás, eran dados con el lado interno de la ojota, lo que no impedía que el choroy sintiera la ofensa y lanzara gruñidos de indignación.

Una vez mejorado, no intentó huir. Llovía, además. Por otra parte, tal